

interés, usura y financiación

• VICENTE PELLEGRINI, S. J.

DESDE hace 15 años el país anda dando tumbos en materia económica. En 1945 perdió la mejor oportunidad que se le presentaba para convertirse, si no en una potencia económica, al menos en un país de elevado nivel de vida. En 1955 pareció que comenzaría una época de recuperación. Pero han pasado casi siete años y estamos otra vez a fojas cero en la opinión de muchos.

Mientras tanto una propaganda muy activa, que atribuye al dirigismo todos los males presentes, pretende que el país se vuelque a un liberalismo manchesteriano "antediluviano", como califica el Dr. Erhard a intentos semejantes. En el otro extremo hay quienes achacan todos los males a la libre empresa, ya que con el slogan de la libre empresa se ha querido avalar una multitud de proyectos y leyes que no condicen con la realidad económica del mundo moderno. Es natural, pues, que grandes sectores del pueblo, confundiendo libertad económica, libre empresa y monopolios reales, empiecen a renegar de una libertad a la que bien o mal atribuyen la desocupación y la miseria.

Para la gente sensata ya no pueden

tener valor pleno las disculpas de los que siguen endilgando todos los males presentes a la dictadura peronista. En materia económica, si bien es cierto que pocos años bastan para arruinar a un país, no es menos cierto que ese mismo lapso es suficiente para reconstruirlo.

El panorama actual nos enfrenta con una nueva inflación, que se suma a la serie de grandes proporciones que desde 1949 experimenta el país. Con la diferencia de que esta inflación va acompañada de una falta de dinero que ahoga a la actividad económica, con una tasa elevada de interés, con restricción del crédito y una proliferación de la usura en términos que son incompatibles con cualquier esfuerzo nacional para una sana recuperación.

Se impone pues examinar algunos aspectos del interés y de la usura en conexión con la moneda y crédito, tan íntimamente ligados entre sí y que tanto influjo tienen en la actividad económica.

• EL INTERES

Tal vez en ningún país se observen las altas tasas de interés que rigen en el nues-

tro. A medida que fue faltando el dinero se fue elevando la tasa de interés. El nivel del 10 % establecido para los bancos e instituciones oficiales, es superado hasta niveles inconcebibles para préstamos privados, sobre todo a corto plazo.

Esta situación ha creado una distorsión en la vida económica de la nación, induciendo una disminución de la actividad real. En efecto, aparentemente, resulta más "productivo" dedicarse a prestar dinero que invertirlo por cuenta propia. Dijimos aparentemente, porque lo que es cierto para individuos particulares no lo es para todo el conjunto de la economía. Ninguna empresa está hoy en condiciones de prometerse dividendos altos. Pero un prestamista puede prometerse intereses del 5 ó 6 % mensual, pagando él un 24 ó un 30 % anual a quienes a su vez le prestan dinero.

La paradoja consiste en que mientras el empresario y el obrero emplean toda su vida por obtener una magra remuneración, mientras el accionista arriesga su dinero en una empresa y liga su suerte a la marcha de la misma obteniendo un pequeño dividendo, el que presta dinero con avales y cauciones que lo eximen de todo compromiso, se lleva la parte del león. Hoy en día, en este país, desde el punto de vista económico, se gana más no trabajando que ejercitando una actividad productiva.

Pero la elevación de la tasa de interés no se ha traducido en un aumento de la liquidez. Por el contrario el problema de iliquidez se ha ido haciendo tan agudo que la solución no ha podido ser otra que el recurso a la emisión monetaria, ya que la aplicación demasiado tardía del sistema del redescuento no conseguía

detener el peligroso proceso de paralización industrial. La tasa del redescuento ha sido elevada oficialmente al 15 %.

Desde un punto de vista práctico la teoría en que se apoyan los fautores de la elevación de la tasa de interés se ha demostrado incapaz de solucionar el problema ya que eso no ha conseguido elevar el monto del ahorro nacional. En las circunstancias actuales se podría correr una carrera sin término en una continua puja por intereses más elevados, sin por ello poner remedio a la falta de dinero.

El error teórico reside en creer que el volumen del ahorro y de los capitales disponibles dependen de la tasa de interés. Esto es cierto en determinadas condiciones y en un determinado volumen. Cuando no se dan esas condiciones y se sobrepasa el volumen en que la elevación de la tasa de interés puede jugar benéficamente, entonces la teoría no funciona o no es aplicable.

La realidad económica nos dice que el ahorro depende de los ingresos y está relacionado con el consumo. La disminución del ingreso lleva necesariamente a una disminución del ahorro. La tasa de interés influye en menor grado que la relación ingreso-consumo.

La aplicación indiscriminada de postulados teóricos de determinadas escuelas, la prédica demasiado insistente en una vuelta a mai llamados esquemas ortodoxos que no siempre son válidos, nos hacen pensar en una ceguera conceptual que inhabilita para la búsqueda de soluciones.

Otro error tal vez ha consistido en confundir mercado de capitales con mercado de dinero. El mercado de capitales no se activa con el solo aliciente del in-

terés. Por el contrario puede ser contraproducente el excesivo interés del dinero pues eso habla de una economía malsana donde una nueva inversión de capital deberá enfrentar a corto plazo los intereses desmedidos del mercado de dinero. Economía malsana, además, donde por la injusticia de la distribución del producto social —que beneficia preponderantemente al prestamista— el nivel de consumo permanecerá demasiado bajo con todas las consecuencias para el ingreso y el ahorro. El mercado de capitales se activa si hay seguridad del futuro, si hay posibilidad de mercado, si hay paz social y política que aseguren una labor continuada donde en plazos razonables pueda amortizarse el capital y obtener una ganancia respetable.

Para el mercado del dinero no es saludable recurrir a un aumento continuo del interés. Por eso en un primer momento la solución puede ser el redescuento a fin de no obligar a las empresas a recurrir al mercado del dinero, con lo que se empuja todavía más alto al interés, hasta transformarse en usura lisa y llana que paraliza a la actividad económica y enerva la paz social.

En las crisis de iliquidez hay obligación de prestar ayuda a las empresas. Porque la elevación del tipo de interés en el mercado de dinero podría llevar a la quiebra masiva de empresas sanas mientras permitiría la permanencia de empresas mediocres que estarían dispuestas a pagar cualquier interés con tal de subsistir un tiempo más. En general una empresa mal administrada, con serios problemas internos tratará de seguir adelante lo más posible antes de que se descubra su estado. En cambio una empresa

económicamente y financieramente sana, no se embarcará en una aventura de producción pagando intereses altos en el mercado de dinero, porque sabe que las ganancias excesivas de los prestamistas influyen en la disminución del ingreso y consumo del futuro. Y no es la propia producción la que va a crear la demanda, sino que la anticipación de la demanda determinará la producción.

Por lo tanto llegamos a la conclusión de que debemos distinguir dos tipos de interés: el interés del capital, tomando a éste en sus formas más variadas de capital real o títulos. Merece una atención especial y una consideración que se desprende del hecho de ser el capital un factor de producción muy importante e imprescindible en la actividad económica. El interés del dinero, que constituyendo un flúido vital en el circuito productivo, no debe descuidarse, pero al que no se le debe atribuir el derecho a la mayor porción del producto social.

El interés del capital se regula de modo más automático —si se quiere usar ese término que tanto agrada a los liberales de viejo cuño— porque presionan sobre él otros factores productivos y porque en la teoría económica moderna el nivel de consumo está íntimamente ligado con las esperanzas de ganancias de los empresarios.

En cambio el interés del dinero está ligado al ahorro, que a su vez depende de la relación ingreso-consumo, pero no está ligado directamente a la demanda futura de bienes como lo está el capital. Para el capital es fundamental el producir más y mejor y en el plazo más breve, con lo que se abrevia la mortización. Para el dinero la producción no lo afec-

ta de manera directa, sino a través de las necesidades de los empresarios.

Lo dicho nos conduce a un punto en que el problema de la usura se presenta espontáneamente.

● LA USURA

Los moralistas medievales tenían una postura clara y definida sobre los préstamos de dinero. En aquella época se trataba de préstamos improductivos y por lo tanto toda percepción de interés sobre préstamos de dinero era considerada como un mal moral y una injusticia.

Gracias a los teólogos de esos siglos conocemos las vicisitudes del cambio y de los artificios de que se valían los banqueros de la época para eludir las condenas y penas establecidas contra la usura.

La época de auge liberal se burló de los moralistas, tomando como tales a los de épocas posteriores que por circunstancias históricas especiales fueron condenados a encerrarse en sus conventos y repetir lo que los moralistas medievales habían estudiado con investigaciones directas. Su encierro no les permitió ver el cambio operado en la vida económica donde el dinero se fue asociando cada vez más al proceso productivo.

Corresponde a economistas de la talla de un Keynes o un Schumpeter la reivindicación de los moralistas medievales que se oponían a la usura justamente ya que partían de la realidad de que esos préstamos eran para consumo, en situaciones de aflicción y cuya devolución con intereses usurarios hacía más lamentable la situación del que debía recurrir al prestamista o usurero. En la economía

de ese tiempo el capital no estaba asociado de manera tan preponderante al proceso de producción y por lo tanto tampoco lo estaba el dinero.

En nuestro país el problema del interés elevado comienza a manifestarse como defensa contra la inflación (1). Luego de la experiencia de la inflación peronista, la gente se previene y así en los préstamos privados, además de un interés que se supone razonable, se añade un porcentaje adecuado para prevenir la inflación previsible o posible.

Por lo tanto se establece la costumbre de calcular de modo aproximado cuánto podría ser el porcentaje de inflación con lo cual se obtienen dos resultados: uno, el de defenderse por anticipado de los efectos de la inflación; otro, el de empujar o mantener la espiral inflacionaria, ya que por anticipado se cobra lo que se supone que habrá de inflación. En un grado que no es posible determinar con exactitud, la inflación es inducida por este sistema.

Los efectos inflacionarios se advierten inmediatamente cuando se trata de préstamos a corto plazo. Cuando se pide un interés del 5 ó 6 % mensual, por un préstamo a uno o dos meses, es evidente la exageración y la inmoralidad. En primer lugar porque en un lapso corto es fácil prevenir si habrá o no habrá inflación o determinar el nivel exacto de la misma. En segundo lugar porque tratándose de un interés mensual a un plazo corto, los empresarios pagan ese dinero

(1) No tratamos aquí evidentemente de los casos de usura que siempre han existido y existirán aun en condiciones económicas normales dada la frágil condición humana. Esos casos existían antes y después del peronismo.

caro, haciendo abstracción de lo exorbitante que resulta si se computa como interés anual. Es evidente que en todos los casos hay un traslado a los costos y precios, con lo cual la inflación se mantiene o se aumenta.

Hay una injusticia en esta situación. Ella reposa en el hecho de que el prestamista es el único que al cubrirse anticipadamente contra la inflación, no siente los efectos de ella, que se manifiestan solamente en los empresarios y en los trabajadores o en los ahorristas de la clase media. Esta no es una consideración de orden moral solamente, sino que al influir ese proceso en la determinación de la distribución del producto social, influye negativamente en los niveles de ingreso, ahorro y consumo.

El proceso argentino ha llegado ya a una situación paradójica. En efecto, la restricción del crédito, el encarecimiento del dinero normalmente tiene por objeto disminuir la inflación. Pero en nuestro caso los efectos son contraproducentes: la inflación se mantiene gracias a la restricción del crédito y al elevado interés del dinero. Es que los efectos negativos de esas medidas han superado ampliamente los efectos positivos que podían esperarse. De hecho la disminución de la producción alienta la carestía, más de lo que la falta de dinero debiera tender a hacer bajar los precios.

Así estamos asistiendo a una inflación sin dinero, con paralización de la actividad económica, suspensión de pagos, despidos masivos de obreros y otros males cuyas consecuencias, de proseguirse un tiempo más sin soluciones, son imprevisibles.

Se observa además que los valores mo-

rales no tienen vigencia en un país donde un porcentaje grande de la población persiste en vivir la ilusión de querer ganar dinero sin esfuerzo. Esa ilusión es la que nos ha llevado a legitimar cualquier tipo de interés, cayendo en un proceso de pauperización que neutraliza todos los intentos de desarrollo económico que se han comenzado. En efecto no puede haber desarrollo ni efectiva acumulación capitalista en un país de bajo nivel de consumo. Solamente se producirá temporalmente una concentración financiera en manos de unos pocos con un proceso de descapitalización progresiva.

• LOS REMEDIOS

Ya dijimos que no deben dejarse abandonadas a las empresas sanas, especialmente a aquellas que por su magnitud tienen gran influjo en la ocupación de mano de obra. Un buen medio puede ser el sistema de redescuento. Pero hubiésemos preferido que se fijase un interés menor.

Otro medio a largo plazo es el establecimiento de una política crediticia adecuada. Entre tanto como solución "ad tempus" hay que establecer una política de crédito selectivo que permita la estabilidad y expansión de aquellas empresas que son beneficiosas para toda la economía.

La radicación de capitales es necesaria. Pero no debe olvidarse que una introducción de capitales no significa mayor liquidez. Por el contrario, cada radicación de capital va a significar que hay una empresa más que necesitará un cierto caudal de pesos argentinos para compras en el país y pago de jornales. De

modo que el problema no se arregla con radicación de capitales simplemente. Capital y dinero están ligados entre sí, pero no son la misma cosa. A mayor capital hace falta más dinero. Habrá que estudiar si en las condiciones económicas actuales el aumento de capital real experimentado en estos últimos años, no está exigiendo un aumento proporcionado de dinero.

Otro remedio fundamental es la dirección de la inversión. No toda radicación ni toda inversión son beneficiosas para una economía determinada. En un país donde ya hay una saturación en la capacidad de consumo de determinado producto, nadie se beneficia si se añaden nuevas unidades de producción del mismo. Esto en el supuesto de que las empresas existentes no sean marginales, sino que producen con eficiencia y calidad.

Para ello se necesita un mínimo de previsión y planeamiento. Pero aclaremos que planeamiento no es dirigismo ni estatismo, sino sentido común. Si un planeamiento privado basta, no hay por qué pensar en un planeamiento estatal. Pero el Estado debe proveer al futuro si los particulares no lo hacen.

Hemos estado jugando con la palabra *plan*. Desde los famosos planes quinquenales, hechos sin sentido de la realidad económica y que ocultaban una tremenda falta de responsabilidad, asistimos al abuso de la palabra "*plan económico*" en numerosas ocasiones donde se llamó con ese nombre a dos o tres medidas inconexas que se modificaron con cada nuevo ministro de economía en un continuo vaivén que desembocó en la peligrosa situación actual, debida en gran parte a que ni los empresarios, ni el gobierno mismo

saben a qué atenerse en materia económica, precisamente por falta de un plan definido y orgánico que señale el camino para los que desean emprender la reconstrucción nacional.

El empresario y el trabajador necesitan la seguridad y continuidad que solamente pueden proporcionar planes de largo alcance que no se cambien con cada alteración política.

Pero en todo caso, ante la amenaza de colapso total, no cabe el aferrarse a esquemas conceptuales alejados de la realidad.

Tal vez nos pase a los argentinos que desde hace muchos años estamos jugando al revés de lo que corresponde. Cuando comienza una expansión del comercio y una moderada liberación de trabas, jugamos al dirigismo; cuando todos los gobiernos están jugando con una sana política de créditos y una sana vigilancia y ordenamiento del mercado, nosotros pretendemos jugar al liberalismo manchesteriano, llegando hasta importar cigarrillos de Alemania que nunca se distinguió en ese producto.

Tampoco puede llamarse libertad al refugio de la inacción. Ninguna teoría económica justifica hoy en día el que se asista impasible o se provoque con medidas inadecuadas una depresión o una paralización de la actividad productiva. Ante el fracaso del remedio consistente en restringir el consumo, hay que apelar al aumento de la producción.

El remedio es producir. Pero para producir hay que tener seguridad de vender. A un pueblo hambriento no se le venderá mucho. Erhard decía que con los pobres no se pueden hacer grandes negocios. ●